

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8).

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIMOTH. IV, 13).

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO).

El amor al prójimo es uno de los mayores y más excelentes dones, que la divina bondad puede conceder á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de Sales).



Cualquiera que recibe á un niño en mi nombre, á mí me recibe.

(MATH. XVIII).

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero la educación cristiana; proporcionadles libros que enseñen á huir el vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX).

Redoblad todas vuestras fuerzas á fin de apartar á la niñez y juventud de la corrupción é incredulidad y preparar así una nueva generación.

(LEON XIII).

—(DIRECCION en el Oratorio Salesiano — Calle de Cottolengo N. 32, TURIN (Italia))—

SUMARIO.

La Adoración Cotidiana Universal.
El Centenario de S. Luis Gonzaga.
Indulgencia de la Porziuncula.
Cooperadores de Venezuela.
Noticias de nuestras Misiones.
Viaje de Misioneros Salesianos.
Prácticas en honor de la Santísima Virgen María.
El altar de S. José.
Neurología.

LA ADORACION COTIDIANA UNIVERSAL A JESUS SACRAMENTADO

en reparación del abandono y ultrajes con que
se le ofende

INVITACION A TODO BUEN CRISTIANO.

Digna de todo encomio es la *Adoración cotidiana universal* destinada á avivar la fe en la divina Eucaristía, centro y síntesis de la religión católica, ofreciendo á toda suerte de personas un medio fácil de desagraviar á Jesús Sacramentado de las continuas ofensas de los hombres y del abandono en que por largas horas se

le deja en el sagrario donde está prisionero por nuestro amor y deseoso de colmarnos de sus gracias.

Otro fin importante que esta Obra se propone es el de robustecer en las familias el espíritu cristiano que la Masonería tanto se afana en pervertir; y de aquí que los miembros de la Adoración cotidiana prometan empeñarse en que volviendo las familias á su antigua piedad, recen las oraciones de la mañana y de la noche, saluden á María con el *Angelus*, bendigan la mesa, llamen al sacerdote al lecho del enfermo, aun cuando no sea próximo el peligro de muerte, recuerden en sus oraciones á las almas del Purgatorio, etc.

¿Quién dejará de comprender la santidad y oportunidad de semejante trabajo? ¿Quién no advierte la necesidad de regenerar las familias y de mejorar la educación de la niñez? Todos los males que nos afligen son la consecuencia de la corrupción de los principios y costumbres, y nada bueno puede esperarse mientras la sociedad no se enmiende por su base y vuelva los ojos á su verdadero y único Salvador Jesús.

Los miembros de esta Obra admirable no quedan comprometidos con obligación

de ningún género, ni con prácticas, ni oraciones especiales. Cada uno elige las oraciones de su agrado y, teniendo tiempo, hace una visita á Jesús Sacramentado. Lo principal es que los cristianos se acostumbren á no pasar indiferentes delante de la iglesia, y entren á visitar á Jesús que tiene sus delicias en permanecer con nosotros; que aun cuando vayan al trabajo ó al paseo no dejen de saludar á Nuestro Divino Redentor, quien no contento con venir del cielo á la tierra y rescatarnos con su preciosa sangre, es en el Santísimo Sacramento padre que vela por sus hijos y escucha con ternura sus plegarias, pastor que alimenta á sus ovejas, médico que sana todas las heridas. Y nadie se acerca á Él sin encontrarle generoso; que á todos recibe con la misma bondad que á san Juan su discípulo amado, que á la Magdalena cuando con lágrimas de arrepentimiento le regaba los pies, que á san Pedro arrepentido después de la negación y que al buen Ladrón enclavado en la cruz. ¡Ah! que bondad del Señor y que dicha la nuestra! El corazón de Jesús glorioso en el cielo, palpita de amor igualmente en el Santísimo Sacramento. ¿Que teméis? nos dice; yo estoy con vosotros, quiero haceros felices y salvaros. Si esto no quisiera no estaría con vosotros, ni vosotros estaríais aquí.

La *Adoración cotidiana* conviene á toda clase de personas: á los grandes y á los pequeños, á los niños y á los ancianos, al poderoso señor y al obrero indigente. ¿Quién no puede disponer de cinco minutos al día para tan precioso fin? ¿Será posible que desborden de gente los clubs y cafes, los teatros y paseos, las calles y plazas y permanezcan desiertas las iglesias? ¿Habran los asuntos y pasatiempos del mundo de ocupar exclusivamente el corazón del hombre? ¿Quién podrá mejor satisfacerle que el Autor y dueño de todo bien?

Dichosas las almas que ván cada día á la iglesia á recibir las bendiciones de Jesús.

Hacemos votos muy fervientes por la propagación de esta santa Obra.



EL CENTENARIO DE SAN LUIS GONZAGA.

Aproxímase la celebración del tercer centenario del Santo propuesto como modelo especial y patrono de la juventud, del Santo honrado en todos los países y en sobremanaera popular, el angélico san Luis Gonzaga. Al meditar en su vida apréndese á despreciar lo que el mundo idolatra y á amar lo que desprecia.

El mundo sólo ambiciona riquezas, honores y placeres, y Luis sólo aspiró á las riquezas del cielo, y, desdeñando todos los halagos de la tierra, abraza la humildad y penitencia, y profesando en la Compañía del gran Ignacio de Loyola es ejemplo acabado de perfecto religioso.

Los hijos de Don Bosco tienen muy singular devoción á san Luis y cada año celebrán con gran pompa su fiesta; más este año se solemnizará aún con mayor esplendor y tenemos noticias de los grandes preparativos que ya se hacen al efecto en varios de nuestros colegios.

Nos alegramos por ello muy de corazón y al mismo tiempo que en la iglesia de María Auxiliadora le honraremos del mejor modo posible en nombre de toda la Sociedad Salesiana y de la Pía Unión de Cooperadores y Cooperadoras, exhortamos á nuestros lectores á tomar parte la más activa en este fausto aniversario, á recomendar en las familias y sobre todo en la niñez el amor á este ideal nobilísimo de pureza y abnegación, de constancia en el cumplimiento de los santos propósitos y desprecio de las vanidades y grandezas terrenas. Asegurémole el patrocinio de este ínclito protector de la más delicada y preciosa de las virtudes, y roguemos á san Luis defienda á la juventud tan rodeada de peligros y tan combatida con pérfidas asechanzas.



INDULGENCIA DE LA PORCIUNCULA.

Entre todas las indulgencias que están en uso en la Iglesia, una de las más célebres, tanto por su antigüedad como por lo maravilloso de su origen, es la indulgencia de la *Porciuncula*. Cuando tanto se entibia la fe, consideramos muy útil ofrecer á las personas piadosas una reseña histórica de tan singular gracia, á fin de ilustrarlas, de excitar su confianza y de inspirarles un vivo deseo de participar de tan precioso tesoro.

Su origen.

A principios del siglo XIII, á media hora de la ciudad de Asís (Estados Pontificios) había una muy pequeña iglesia, conocida con el nombre de Nuestra Señora de los Angeles, que se llamaba igualmente la iglesia de la *Porciúncula* (1), á la que el santo fundador de la Orden de Menores tenía una especial veneración. Allí acudía á menudo para satisfacer la tierna devoción que profesaba á María y á los ángeles, de los cuales ella es la reina; allí se engolfaba en la oración en medio de los armoniosos conciertos de los espíritus celestiales, con los que tenía inefable dicha de conversar, según de ello dan testimonio los historiadores de su vida; allí logró finalmente, que Cristo Nuestro Señor le concediese la gracia más extraordinaria en favor de los míseros pecadores.

Compadecido el seráfico Padre San Francisco de la ceguedad de los mortales, con lágrimas y oraciones solicitaba continuamente del Señor la conversión de tantos infelices, y el perdón de las culpas y penas que por ellas merecían. Sucedió, pues, por el mes de octubre de 1221 que, estando una noche por los referidos motivos muy angustiado el corazón de este enamorado de Cristo, mientras que, desde su retiro de la *Porciúncula*, clamaba al Señor de lo íntimo de su alma, pidiendo por todos misericordia, y ofreciéndose para la salvación del mundo á ser víctima de la caridad, la Majestad divina le envió un ángel en forma visible, el cual le dijo que fuese á la iglesia, donde le esperaban Cristo Nuestro Señor y su purísima Madre con numerosa comitiva de espíritus celestes. Entró en la iglesia, y atónito y reverente se postró en tierra, no pudiendo soportar aquel divino resplandor. En seguida la Majestad de Cristo dirigiéndole amorosamente la palabra, le dijo: « Francisco, ya que son tan ardientes tus deseos de la salvación de las almas y á mí tan agradables, te doy permiso para que pidas alguna gracia en favor de ellas, para consuelo de los fieles y exaltación de mi nombre. » El temor reverencial tuvo un rato al Santo en delicioso asombro; pero vuelto en sí, respondió: « Altísimo Señor y Padre de misericordias, atendiendo al precio inestimable de vuestra sangre y á la sobreabundancia de los méritos de vuestra dolorosa muerte, os pido con toda humildad y rendimiento un favor muy del agrado

» de vuestra piedad para los hijos de vuestra Iglesia: concededme, dulcísimo Señor mío, que todos los fieles que entren en esta santa casa contritos y confesados, ganen indulgencia plenaria y total remisión de todas las culpas, y queden libres de las penas debidas por la satisfacción, y reducidos al feliz estado en que los puso la primera gracia que recibieron en el Santo Bautismo. Y Vos, Soberana Reina de los ángeles y Madre de mi Señor, ya que vuestra gran piedad os ha merecido el glorioso título de abogada de los pecadores, sed la medianera con vuestro divino Hijo, á fin de que, por vuestra intercesión, conceda lo que no puede merecer este indigno esclavo vuestro y pecador miserable. »

Con el mayor agrado oyó la Virgen Madre la súplica de su devoto siervo, y dijo á su Hijo: « Señor mío é Hijo dulcísimo de mis entrañas, la petición que el celador de vuestra gloria y mi devoto Francisco ha hecho á vuestra Majestad os repite mi amor, alegando á favor de los hombres, de quienes soy abogada, las humillaciones de esclava y los privilegios de Madre vuestra á fin de que concedáis esta gracia. » Respondió el Señor: « Francisco, mucho has pedido; pero con medio tan eficaz como son los ruegos de mi amantísima Madre, aun á mayores cosas puede anhelar tu celo. Yo te concedo la indulgencia plenaria que me pides, pero quiero que vayas á mi Vicario, á quien dejé en la tierra plena potestad de atar y desatar las prisiones de la culpa, y le intimes de mi parte que es mi voluntad que confirme esta indulgencia para que el mundo entienda la estimación y aprecio que debe hacer de la rúbrica de mi Vicario, á quien dejé la fiel secretaría de mis mercedes. »

Concesión.

Desapareció esta celestial visión, y los compañeros del patriarca de los pobres que habían alcanzado ver las luces y oír las voces, aunque deseaban saber el misterio, pudo más para detenerlos el temor que para avivarlos la curiosidad. Aguardaron, pues, á que el Santo saliese de la Iglesia, y pidieronle con instancia por amor de Dios, que les diese noticia de lo sucedido. No pudo negarse á su petición, viéndolos tan enterados de las prodigiosas señales que habían tocado, y así les participó por entero lo acaecido, encargándoles el secreto. La mañana siguiente eligió uno de ellos por compañero, y se partió á Perusa, donde á la sazón se hallaba el Sumo Pontífice. Obtenida audiencia y habiéndole besado el pie, le dijo: « Santísimo Padre, pocos años ha, á diligencias mías se reparó en los campos de Asís una antigua ermita consagrada á la Madre de Dios, con advocación de Santa María de los Angeles. En este nido nació y creció esta pobre Reli-

(1) Esta iglesia no era otra cosa que una pequeñita y ruinosa capilla, unida á una porción de tierra que allí contigua poseían los monjes de San Benito, quienes generosamente cedieron el referido local y capilla al restaurador de ésta, San Francisco, para fundar allí el primer convento de su Religión. Hoy día la antigua y propia iglesia de la *Porciúncula*, cabeza de toda la Orden seráfica, se halla situada bajo la cúpula de una basílica, que es una de las más grandiosas y magníficas de Italia.

gión de los Menores, favorecida con la protección de esta gran Señora: suplico, pues, humildemente á vuestra Santidad que, á honor suyo y á la mayor honra y gloria de su santísimo Hijo y bien de las almas, que redimió con el precio de su sangre, conceda indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados para aquellos que, contritos y confesados, visitaren esta iglesia, sin que para ganarla tengan obligación de dar limosna alguna. » Dificultó el Papa la concesión, por la circunstancia de pedir indulgencia plenaria sin obligación de dar limosna como cosa opuesta al corriente estilo de la Iglesia romana, que no concede semejantes gracias sin gravamen de limosnas y obras pías, con que los fieles se hagan más capaces y se dispongan más bien para el logro de tales indulgencias.

Preguntóle por cuántos años pedía la dicha indulgencia. A lo que respondió el seráfico Patriarca: « Santísimo Padre, yo no pido años, sino almas. » « No entiendo tu petición, replicó el Papa, ¿cómo pides almas? » Lo que yo pido á Vuestra Santidad, respondió Francisco, es que todos los fieles que, contritos y confesados, visitaren la iglesia de Santa María de *Porciúncula*, queden absueltos y libres de toda culpa y pena, como quedaron por la gracia primera del Bautismo. » Quedó el Papa suspenso, y le dijo: « Francisco, muy dificultosa es tu petición y no practicada en la Curia. » Insistió el Serafin de Asís, diciendo: « Santísimo Padre, sepa Vuestra Santidad, que esta petición no es mía, sino orden expresa de nuestro Señor Jesucristo, en cuyo nombre os la intimo, y os hago saber que este es el beneplácito de su adorable voluntad. » Estas palabras hicieron tal impresión en el corazón del Sumo Pontífice, que movido de impulso divino, dijo tres veces: « Estoy satisfecho, y te concedo la gracia que pides. »

Los cardenales que se hallaron presentes extrañaron mucho esta resolución, é intentaron disuadirle de ella con estas razones: « Beatísimo Padre, mire bien Vuestra Santidad que esta concesión, á más de ser excesiva, es perjudicial á los Santos Lugares de Jerusalén y á las Estaciones de Roma, porque ¿quién habrá que se determine á pasar por las incomodidades y peligros que tienen tan largas peregrinaciones, si con menos gastos y trabajo puede lograr en Asís lo que se busca en Jerusalén?... » Respondió el Sumo Pontífice: « La concesión ya está hecha y no conviene revocarla: lo que podemos hacer es modificarla y limitar la indulgencia á un día natural y determinado en cada año. » Vuelto después al Santo, dijo: « Francisco, yo de plenitud de potestad concedo que todos los fieles que, contritos y confesados, visitaren la iglesia de Santa María de *Porciúncula* un día natural y determinado, que empezará desde las vísperas primeras hasta las

segundas del día siguiente, en cada año ganen indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados, y esto perpetuamente. » Oyó el seráfico Padre la resolución del Vicario de Jesucristo y, hecha una profunda reverencia, se despidió sin hablar palabra. Díjole entonces el Papa: « Hombre sencillo, ¿adónde vas, y qué despachos te llevas que hagan fe de este indulto? » Respondió Francisco: « Santísimo Padre, bástame la palabra de Vuestra Santidad, porque siendo ésta, como es, obra de Dios, corre á cuenta de su providencia el que se haga notoria al mundo, y tenga efecto su santa voluntad. Yo sé muy bien que el notario que da fe de esta gracia es Cristo, sabiduría de su eterno Padre; María es el cándido papel en que se escribió con caracteres de gloria, como todas las demás gracias que comprendió en ella el dedo de Dios, ó sea el Espíritu Santo, y los testigos son los ángeles, de cuyo antiguo testimonio tienen la autoridad las obras del Altísimo. » Esta respuesta hija fué de su fe y humildad, que daban alientos á la firmeza de su esperanza, fundada en la infalibilidad de las divinas promesas. No se acordó el Serafin de Asís de los estilos de la curia, porque como negociaba con Dios, sacando sus despachos del tribunal de misericordia, no le ocurrió que fuesen necesarias humanas diligencias excepto aquellas que le prescribió la voz de Dios, cuando le mandó que diese la noticia á su Vicario.

Su confirmación.

Después de concluida su audiencia, salió San Francisco de Perusa para regresar á Asís, y llegando á la mitad del camino, se sintió interiormente tocado de la visitación divina; y cómo tan práctico en las vías de la perfección, acogió con agrado estos movimientos, haciéndose más capaz de nuevas gracias con la obediencia pronta á las divinas inspiraciones. Apartóse del compañero buscando la soledad, y en ella derramó como agua su corazón en hacimiento de gracias por los frecuentes beneficios que recibía de la mano liberal de su Dios, y singularmente por el buen suceso que había tenido su pretensión en la curia pontificia. Revelóle el Señor cómo la indulgencia que había aprobado su Vicario en la tierra estaba ya confirmada en el cielo. Participó después á su compañero esta alegre noticia para que le ayudase á ser agradecido, correspondiendo en parte con sus fervores á la grandeza de su obligación. Llegó al convento de la *Porciúncula*, y en los dos años siguientes no tuvo efecto la indulgencia, porque no hubo oportunidad de sacar los despachos para la promulgación, á causa de la turbulencia de los tiempos y viajes del Sumo Pontífice. Afligíale mucho esta dilación, por ver paralizado el fruto que esperaba recoger á beneficio de las

almas; y así instaba al Señor que lo dispusiese con la suavidad y fortaleza de su providencia.

Absorto estaba nuestro Santo en las dulzuras de la contemplación una noche de los primeros días del mes de enero de 1223, cuando el común enemigo, que hasta entonces había combatido al animoso soldado de Cristo con fierezas y crueldades, mudó todas sus baterías, y le acometió con lisonjas y compasiones. Apareciósele como ángel de luz, y le dijo: « Francisco, ¿cómo te das tanta prisa por acabar con esa vida que ha sido y será de tanto provecho para la universal Iglesia? Gastar en la oración las noches enteras sin darle al cuerpo la necesaria refeción del sueño, es una impiedad ajena del cristianismo que, fundado en las máximas de la caridad, condena que el hombre se dé voluntariamente la muerte. Las virtudes dejan de ser virtudes, si tocan en los extremos, y pierden toda su sazón, si les falta la sal de la prudencia. La oración es un ejercicio en que gasta el alma sus más puros afectos, cuya nimiedad y eficacia sofocan el calor natural, y consumen los espíritus vitales del corazón, y cuanto tiene de provechosa si es moderada, viene á tener de inútil si es continua, porque flaqueando la cabeza con la atención demasiada y la disipación del espíritu, cuando se busca la devoción se encuentra el delirio. No es esta la primera vez que te he dado este aviso; pero viéndote tan poco corregido, temo que te pierdas por caprichoso, y que con la nimiedad indiscreta de tu celo cortes los vuelos á tu principal vocación, que es ganar muchas almas. Ahora estás en la mejor sazón de lograr este precioso fruto; porque tu edad no es mucha, es madura, amaestrada de las experiencias y ayudada de la opinión que el buen olor de las virtudes ha ganado entre los hombres. Tu Religión, aunque está bien dilatada, todavía es planta nueva y tierna que necesita del cultivo de tu mano. Si en la breve ausencia que hiciste á la Siria se marchitaron sus verdores, ¿qué esperas suceda, si por la indiscreción de tus penitencias perdieses la vida? Templa, pues, el rigor de estas austeridades, y atiende á que naciste para el bien de muchos, al que debes posponer el tuyo propio. Fuera de que tu mayor bien es ser bueno para todos; y este motivo debe empeñarte á que atiendas en lo posible á tu conservación. Conténtate con los deseos de la mortificación, y deja su ejercicio para los que tienen rebeldes sus pasiones, pues la iglesia te ha menester más vivo que mortificado, y dicho esto desapareció.

Como el dañado aliento de esta bestia es venenoso, ocasionó en el corazón del Santo un turbolento desasosiego, que le dejó bien seguro de su infame causa. Levantóse de la oración, desnudóse el hábito, y quedando en paños menores, salió de la celdilla del ex-

tremo del huerto en donde oraba, y una vez fuera de la cerca, se arrojó en unas zarzas, cuyas penetrantes espinas con el riego de su sangre se convirtieron en bellísimas rosas, unas blancas y otras purpúreas. « Oh maldito consejero, decía, ¿quitar me querías el ejercicio de la penitencia? Claro está, quisieras hacerme acomodado para tenerme por tuyo; pero así respondo á la sofistería de tus engaños con la sutileza de estas espinas. No puedo vengarme de tu malicia, sino despreciando tu soberbia, y castigando en mi carne con las puntas de este espinoso tus atrevimientos. Desengáñate, rebelde é infeliz espíritu, que no quiero vivir sin padecer, ni he de buscar descansos, sino penas, para sentir en el modo que me sea posible los dolores y tormentos que padeció por mi amor mi maestro Jesucristo. »

Estando así bañado en su sangre y hecho su cuerpo una llaga, se aparecieron una multitud de ángeles que llenaron de resplandor todos los alrededores. Diéronle los parabienes de tan insigne victoria, y le dijeron: « Francisco, triunfador valiente de los engaños del demonio, levántate, sal presto de la espesura de esa zarza, y camina en seguimiento nuestro á la Iglesia, donde te esperan Cristo nuestro Señor y su purísima Madre y Reina nuestra. » Salió de la zarza y se vió milagrosamente cubierto con una ropa candidísima, cogiendo por mandato de los ángeles doce rosas blancas y doce encarnadas de las muchas que produjo la zarza que fué instrumento de su martirio, tomó la senda que guiaba á la Iglesia, la que á la vista estaba cubierta y entapizada con preciosas alfombras. Entró en la Iglesia y vió en ella á Cristo y su Santísima Madre asistidos de innumerable multitud de ángeles. Adoró postrado en tierra á la Majestad soberana, diciendo: « Omnipotente Dueño de cielos y tierra y piadoso Salvador del linaje humano, os ruego con humildad, por las grandezas de vuestra inefable misericordia, os sirváis determinar el día dichoso en que haya de tener efecto la indulgencia que me concedió vuestra dignación, por ruegos de vuestra Santísima Madre y mi Señora. Y á Vos, Reina y Madre purísima, en quien han tenido siempre feliz éxito mis esperanzas, suplico roguéis á vuestro amantísimo Hijo me conceda este favor para bien de las almas redimidas con el precio de su sangre. » A los ruegos de María Santísima, respondió propicio su benditísimo Hijo, diciendo: — « Francisco, yo te concedo lo que me pides por mi Madre dulcísima, y quiero que el día sea aquél en el cual mi apóstol Pedro fué desatado de las cadenas (el día 1º de agosto) empezando desde las segundas vísperas y acabando en las del día siguiente, incluso la noche intermedia, durante cuyo tiempo, cualquiera que éntre en esta Iglesia, alcance la indulgencia plenaria que tú pediste. »

« Pero, Señor, repuso Francisco, ¿cómo sabrán esto los hombres, y cómo me darán crédito? — Esto se hará, respondió el Señor, con mi favor y el auxilio de mi gracia; tú entre tanto partirás á Roma y notificarás á mi Vicario ser éste mi beneplácito, pues yo moveré su corazón para que todo tenga debido efecto. Y porque mi Vicario te dé entera fe, llevarás á algunos de tus compañeros, que están noticiosos de estas maravillas, las rosas blancas y encarnadas que cogiste de la zarza, y se las darás en mi nombre, con lo que tendrán mi voluntad y tu pretensión entero cumplimiento. » Dicho esto, el coro de los ángeles entonó el himno *Te Deum laudamus*, que concluyó con suavísima armonía y desapareció toda aquella celestial visión, dejando enajenado al Santo en júbilos de alegría.

Gozoso y confiado, al día siguiente el seráfico Patriarca, tomó tres rosas blancas y tres encarnadas en reverencia del inefable misterio de la beatísima Trinidad, y con tres compañeros suyos partió á la ciudad de Roma, y en San Juan de Letrán, habiendo ofrecido los debidos homenajes al Sumo Pontífice, le refirió todo el suceso, dando por testigo á sus compañeros que estaban enterados de tantos misterios, y para dar más fe á su palabra le ofreció las rosas blancas y encarnadas. Quedó maravillado el Papa, viendo en el tiempo más riguroso del año y en lo más crudo del invierno rosas de tan rara belleza, fresca y admirable fragancia, y dijo: « ¿Qué testimonio más irrefragable de esta verdad que estas rosas, en que veo y admiro otras tantas maravillas, que son las voces con que se explica la Omnipotencia? Creo ser así como dices la voluntad de Dios; pero el asunto se ha de proponer al consejo de nuestros hermanos los cardenales, con cuya aprobación y consentimiento tenga mayor celebridad esta gracia. » Entre tanto, dió orden á sus domésticos que en palacio acogiesen con decoro á aquellos religiosos y les suministrasen cuanto hubiesen menester.

El día siguiente compareció el bienaventurado Padre con sus compañeros al consistorio sagrado, y postrándose en tierra, dijo: « Dignísimo Vicario de Cristo, dignaos cumplir la voluntad del Señor y de la Virgen Madre en la materia que os he propuesto. » Respondióle el Papa: « Aunque ya me has enterado de todo, vuelve, no obstante, á decirlo aquí en presencia de mis hermanos los cardenales. » Entonces, hecha una circunstanciada relación de todo lo acaecido, concluyó Francisco, diciendo: « La voluntad de Dios es que cualquiera que desde las vísperas del día 1º de agosto hasta las vísperas del día siguiente entrare en la Iglesia de Santa María de los Angeles de Asís, reciba plena remisión de todos los pecados que haya cometido desde el día de Bautismo, hasta el momento en que éntre en

dicha Iglesia, y asimismo quede libre de la pena por ellos merecida, con tal que se haya confesado con corazón contrito y humillado. » En seguida el mismo Pontífice mostró las tres rosas blancas y las tres encarnadas, que fueron de grande admiración y placer á los cardenales, tocando su hermosura y oliendo su suavidad.

Hablóse largamente de este asunto en el consistorio, y penetrado el Sumo Pontífice de que esto había sido del agrado de Cristo, por los ruegos de su inmaculada Madre, concedió públicamente la indulgencia pedida, ó más bien la confirmó. Escribió después al obispo de Asís y á otros seis obispos de aquella comarca que el día 1º de agosto se reuniesen en la referida iglesia para promulgar solemnemente la indulgencia de la *Porciúncula*.

Su promulgación.

A la manera que las industriosas abejas en los alegres días de la primavera recorren presurosas las flores y posan sobre ellas para lamer y extraer con su trompa el delicioso almíbar que contienen, y recoger al propio tiempo de los estambres el polen para fabricar la mas dulce y sabrosa miel, así también, no sólo los vecinos de Asís y lugares comarcanos, sino también muchísimos venidos de lejanos países, anhelando el celeste rocío, acumular tesoros de gracia y formar en su interior el hermoso panal de las virtudes, llegado el ansiado día de la promulgación de la indulgencia de la *Porciúncula*, de todas partes se veían afluir en tropel, solícitos de su salvación, sin perdonar gastos ni fatigas, con tal que pudiesen tener la envidiable dicha de saborear las bendiciones celestiales y ganar la especialísima y sin igual indulgencia que de un modo tan solemne se iba á promulgar. Se había preparado de antemano un tablado, desde donde pudiesen los obispos promulgar la indulgencia.

Estando ya todo provisto, estos aconsejaron á Francisco que subiese á predicar en el púlpito prevenido en el mismo tablado. Obedeció el Santo, é hizo un fervoroso sermón, en el cual, ponderando las misericordias del Altísimo, expuso lo que había sucedido, y concluyó diciendo, que tanto Cristo Nuestro Señor como su vicario el Papa, le habían concedido perpétuamente aquella indulgencia para el día señalado. Al oír los obispos que el Santo decía que la indulgencia era perpetua, lo tomaron á mal; intentaron después reconvenirle, y le dijeron que iban á publicar la indulgencia, pero duradera únicamente por el espacio de diez años. Francisco respondió con mucha humildad, que la mente del Sumo Pontífice era que la indulgencia fuese perpetua, que así se lo había concedido el mismo Jesucristo y confirmado Su Santidad. Poco crédulos los obispos á las palabras del santo Patriarca, re-



La fuga á Egipto.



La aparición del Angel
á San José



La preciosa muerte
de San José

solvieron rectificar lo que él había dicho sobre la perpetuidad, y de común consentimiento de los otros, se levantó el obispo de Asís, y, queriendo decir « por diez años, » dijo contra su voluntad « perpetua. »

Súpoles mal á los otros, quienes, siguiendo aún en su primer modo de pensar, se levantaron, y sucesivamente con voces altas hablaron contra lo mismo que sentían, mudándoles á todos el Señor las palabras, y dándoles á entender con este admirable suceso que su voluntad era que la indulgencia fuese perpetua, todos los años, conforme había predicado San Francisco. Esto les causó grande admiración. De esta manera, con entusiastas aclamaciones y universal alegría de todos los presentes, fué promulgada la indulgencia de la *Porciúncula*. Los obispos, no sólo reconocieron y publicaron ser ésta la voluntad de Dios, sino que depusieron con juramento y suscribieron á este prodigio. Iguales testimonios fehacientes dieron las autoridades locales y la nobleza de Asís, cuyos documentos quedaron depositados en el archivo. Los cronistas refieren que, cuando el seráfico Padre predicaba el sermón, tenía en la mano una cédula, y, elevando tiernamente la voz y con gran fervor de espíritu leyendo lo que en ella estaba escrito, á menudo repetía: « Quiero enviaros á todos al paraíso. »

Ampliación.

La Iglesia, madre cariñosa de sus hijos, viendo que los fieles apartados de Asís por la distancia del camino ó otros inconvenientes no podían aprovecharse de gracia tan singular, fué extendiendo y ampliando esta indulgencia á otros puntos, hasta que por concesiones de Gregorio XV de 4 de julio de 1622, y de Benedicto XIV de 25 de setiembre de 1741 etc., todo fiel cristiano puede actualmente ganar la indulgencia de la *Porciúncula* en cualquier iglesia de religiosos ó religiosas de San Francisco, sean de la familia que sean, ora estén las religiosas sujetas al Ordinario, ora no lo estén. Hay algunas otras Iglesias en que, por especial gracia de la Santa Sede apostólica, se puede disfrutar de este inapreciable tesoro.

Condiciones para ganarla.

A tenor de las disposiciones pontificias, para ganar la indulgencia de la *Porciúncula*, se requieren tres condiciones:

1ª *Confesión*. El sacramento de la Penitencia debe recibirse aunque uno no se considere reo de culpa grave; pero aquel que no teniendo legítimo impedimento acostumbra confesarse á lo menos una vez cada semana, y no sabe que haya cometido culpa mortal desde la última confesión, puede ganar esta indulgencia sin necesidad de volverse á confesar (*Sacr. Congr. Indulg.* 15 de febr. 1841).

2ª *Comunión*. Toda persona adulta que quiera ganar esta indulgencia ha de recibir la sagrada Comunión (1), y no basta la costumbre de comulgar cada ocho días ni aunque fuese con más frecuencia.

Advertencias. 1ª La confesión y comunión pueden practicarse en cualquier iglesia (2). 2ª Pueden efectuarse, ya sea el día primero ya el día 2 de agosto, y no importa que se verifique esto antes ó después de la visita de la iglesia en la que puede ganarse la indulgencia de la *Porciúncula*.

3ª *Visita*. La visita puede hacerse desde las dos de la tarde del día 1º de agosto, hasta la puesta del sol del día siguiente (3). Durante la visita se han de dirigir algunas piadosas súplicas á Dios por la concordia entre los príncipes cristianos, extirpación de las herejías y exaltación de la santa Iglesia (4). No está asignada la oración que se ha de recitar, ni su duración, pero bastará rezar seis veces el *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria Patri*, rogando por la intención del Sumo Pontífice.

La dicha indulgencia de la *Porciúncula* puede ganarse tantas cuantas veces se repita la visita. Una de las visitas puede cualquiera aplicarla á sí mismo; pero las restantes deben aplicarse por modo de sufragio para los fieles difuntos (5). Al empezar las visitas es muy regular que cada cual procure aplicarse la primera visita para sí propio, y en las demás visitas para los difuntos, es muy del caso que en cada visita la aplicación sea para algún difunto determinado; v. gr. una visita se aplica por el alma del padre, otra por la de la madre, la siguiente por la de una hermana, etc., y sería bueno que se sustituyese otro difunto para el caso que no necesitase la tal indulgencia aquel difunto para quien principalmente se aplica. Después de cada visita acostumbran los fieles salir del templo, y después de un momento vuelven á entrar para hacer otra visita, y así se va practicando tanto el día 1º como el día 2 de agosto. De este modo se hace en todas partes, y á esta costumbre aludía continuamente la sagrada Congregación, cuando, siempre que era consultada sobre si se podía ganar esta indulgencia tantas veces cuantas se repetía la visita, respondía, *servandum esse solitum*; esto es, que se había de guardar lo acostumbrado. Finalmente la sagrada Congregación, para evitar nuevas consultas, no se contentó con responder que se guardase lo acostumbrado, sino que respondió claramente que los que

(1) Gregorius XV, brevi *Splendor*, 4 julii 1622.

(2) Sac. Congreg. Ind. 23 februarii 1847 et 8 j. lii 1859.

(3) Id. Gregorius, brevi *Splendor*, ut supra.

(4) Id. id.

(5) Innocentius XI, brevi *Alias*, 12 januarii 1667.

por la *Porciúncula* visitaban las iglesias del Orden de San Francisco, y oraban allí siquiera por breve tiempo, ganaban indulgencia plenaria tantas cuantas veces repetían la visita (1).

COOPERADORES DE VENEZUELA.

Ante todo sean nuestras acciones de gracias para Dios y su Stma. Madre María Auxiliadora, por las bendiciones que han derramado sobre la Piadosa Liga de los Cooperadores Salesianos, establecida en abril de 1887 en Caracas.

A las constantes pruebas de simpatías que de esa remota región recibimos, hay que añadir la que nos acaba de dar por órgano del celoso Director de los Cooperadores, Pro. Dr. Ricardo Arteaga. Gratisima nos ha sido la carta que nos ha dirigido con fecha del 3 de abril del presente, y en contestación solo le diremos que vea realizadas sus esperanzas y que Dios, nuestro Señor, recompense sus esfuerzos y la generosidad de todos esos buenos Cooperadores.

Damos las más expresivas gracias al Ilmo. Sr. Arzobispo de Caracas, al Pro. Dr. Arteaga, al Dr. M. G. Ruiz de Guarenas, al Sr. B. Martínez de Guatire, al Pro. F. Monteverde de la Guayra, á la Sra. D^a Paz de Santander de Valencia y á todos los demás Directores y Miembros de los diversos centros. ¡Que nuestro padre Don Bosco ruegue por ellos desde el cielo y les alcance gracias copiosísimas para el alma y para el cuerpo, para el tiempo y para la eternidad! Estos son los deseos que forma nuestro agradecimiento.

NOTICIAS DE NUESTRAS MISIONES

Visita á la isla de Dawson. - Nuevos indios bautizados.

Puntarenas, 15 de diciembre de 1890.

REVMO. SR. DON RUA:

Celebrada la fiesta de la Inmaculada Concepción me embarqué para la isla de Dawson en la nave de guerra chilena *Pilcomayo*, con Don Pistone que había venido á pasar un mes en Puntarenas, con un clérigo y cuatro jóvenes en premio de su frecuente asistencia á las instrucciones del Oratorio Festivo, y con la Superiora de las Hermanas de María Auxiliadora en Puntarenas, sor Angela Vallese.

(1) Sacr. Congr. sub die 23 februarii 1847 et 8 julii 1850.

A las 10 de la mañana del 9 de diciembre la *Pilcomayo* zarpó del puerto, y á las 5 de la tarde llegaba á la bahía Harris y puerto de San Rafael, donde se nos esperaba con impaciencia, tanto por la necesidad de víveres cuanto porque tratábase de la administración del bautismo á buen número de neófitos. En la playa nos esperaban los sacerdotes Don Ferrero y Don Del Turco, rodeados de los alumnos indígenas y de nuestros hermanos Farable, Forcina é Ibañez ocupados en esta Misión, á la vez que dos Hermanas acompañadas de sus alumnas esperaban á sor Angela.

Luego que desembarcamos todos vinieron á nosotros y nos saludaron con repetidos vivas y entusiastas demostraciones de afecto. Era una escena conmovedora que hacía recordar la suerte miserable de aquellos pobres salvajes en tiempos pasados y en los motivos de su contento en lo presente.

Fuimos á visitar la Residencia y los trabajos de la nueva Casa que nos llenaron de satisfacción; tomamos una cena y reunido después en conferencia con nuestros hermanos tuve el gusto de saber que 33 indios, de los cuales 28 adultos, se hallaban preparados para recibir el bautismo.

Al día siguiente visité las escuelas y advertí el gran progreso obtenido: casi todos los niños saben silabear y no pocos leer de corrida, escriben medianamente en sus cuadernos y en la pizarra y responden pausadamente en español á las preguntas de catecismo. La disciplina se consigue poco á poco y cuanto lo permite la índole de esta gente. En cuanto á la escuela de niñas he quedado más y más convencido de la felicidad con que las Hermanas de María Auxiliadora obtienen los más favorables resultados. Las educandas saben leer, escribir, coser, lavar su ropa y ya han adquirido el hábito de lavarse la cara y las manos varias veces al día. Y en cuanto á instrucción religiosa es en gran manera consolador oír sus respuestas.

Las Hermanas prepararon un traje nuevo para cada uno de los neófitos, en tanto que Don Ferrero, Don Del Turco y por fin Don Pistone y nuestro hermano Forcina los preparaban para tan solemne acto. El día 11 establecido para conferirles el bautismo se inauguró la capilla recientemente edificada é intervinieron como padrinos de bautismo para aquellos el capitán y oficiales de la *Pilcomayo*, y el Sr. Rousson, jefe de una comisión venida de París á estudiar esta región. Después de un hermoso canto enseñado por nuestros clérigos se comenzó la ceremonia en el más religioso silencio. El espectáculo era de enternecer los corazones: el reino de Dios se dilataba con nuevas almas regeneradas por las aguas del bautismo.

Los nombres puestos á los nuevos cristia-

nos fueron los de nuestros Superiores y Cooperadores y Cooperadoras.

Concluida la función los indios llenos de gozo y sintiendo la gracia del Señor, se daban contentos los nuevos nombres recibidos y acudían á manifestarme su agradecimiento y el deseo de que todos los salvajes tuvieran la misma dicha de conocer la verdadera fe, para lo cual se ofrecían ir á ellos con sólo el objeto de inducirlos á seguir su ejemplo. Estos deseos y este celo por la salvación de sus hermanos me hacía recordar aquellos tiempos de la Iglesia primitiva, en los cuales recibidos por los Apóstoles el Espíritu Santo disponíanse á predicar la palabra de Dios hasta en los últimos confines de la tierra. Una dulce idea venía á halagar mi fantasía: ¿Acaso éstos llegarán á ser misioneros? ¡oh! ¡Dios lo quiera! Así se realizaría el ideal de Don Bosco de salvar á los salvajes por medio de los salvajes.

Ruegue V. R. para que esto suceda y junto con pedir oraciones á los nuestros con el mismo objeto dignese manifestar nuestro más vivo reconocimiento á nuestros Cooperadores y Cooperadoras á quienes en tanta parte se debe la dilatación de la verdadera fe en estas regiones.

De V. R. obligmo. y hum. hijo

JOSÉ FAGNANO
Prefecto Apostólico.

VIAJE DE MISIONEROS SALESIANOS.

En el *Boletín* de marzo hablamos de la nueva expedición de Misioneros Salesianos que en dos grupos se hacía á América. El primero destinado para la Tierra del Fuego y Chile partió de Turín el 5 de febrero y se detuvo en Lyon de Francia con el objeto de hacer una peregrinación al célebre santuario de Fourvière y visitar al Em^{mo} Sr. Cardenal y al Consejo central de la Propagación de la Fe.

Al dar cuenta de su paso por aquella ciudad el *Eco de Fourvière* dice lo siguiente: « En llegando al Santuario, á las diez de la mañana, los sacerdotes celebraron la santa Misa y los demás misioneros la oyeron y recibieron la santa comunión en el altar mayor. Concluida la Misa y antes de recibir la bendición con el Santísimo el Revdo. Can. Pater, rector del Santuario, quiso darles un saludo de muy cordial bienvenida á la vez que un tierno adiós en medio de una numerosa concurrencia que llenaba la espaciosa nave central. « Yo no puedo dejaros partir, venerables hermanos, les dijo, sin felicitaros muy de veras y hacer ardientes votos por

el éxito de vuestros trabajos. Sois los hijos de un Santo cuya vida fué un milagro continuado. Aquí conservamos de él el más precioso recuerdo: en este santuario le vimos varias veces celebrar el santo Sacrificio y mezclar las lágrimas de devoción con la sangre adorable de Nuestro Señor Jesucristo. Las multitudes se aglomeraban junto á él como á otro venerable Cura de Ars, á quien se asemejaba fielmente en la virtud á la vez que á vuestro patrono San Francisco de Sales. Un día refirió aquí las glorias de nuestra iglesia y la justa satisfacción de los lioneses por haber edificado en honor de María uno de los más hermosos santuarios del mundo cristiano. »

« Vosotros en Turín celebráis fiestas suntuosas en honor de María Auxiliadora y nosotros aquí rivalizamos en las manifestaciones de amor á María Inmaculada. Aceptad, como recuerdo de vuestra peregrinación, la carta pastoral que os ofrezco de nuestro Emmo. Cardenal Arzobispo, en la cual leeréis los prodigios obrados por María en esta colina donde la Madre de Dios es en particular Reina de los Apóstoles y de los mártires, como que diecinueve mil cristianos derramaron aquí su sangre por la fe de Jesucristo; sangre que ha sido semilla fecunda que ha producido la grande Obra de la Propagación de la Fe, y gracias extraordinarias. »

« Muchos misioneros próximos á partir para remotos países han venido desde entonces á arrodillarse en este lugar santo: básteme recordar al Beato Pedro Perboyre y á sus valerosos compañeros. Vuestros nombres quedarán unidos al de aquellos y no los olvidaremos jamás. Id á anunciar el Evangelio á los pueblos salvajes de la Patagonia donde animados del espíritu de Dios muchos de vuestros hermanos os esperan. Adiós, os acompañamos con el corazón, y vosotros no nos olvidéis en vuestras oraciones. Que podamos formar un solo corazón y alma de modo que con razón nos sea dado repetir las palabras del Salmista: *Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum*; y que esta hora dichosa no sea sino la aurora de la gloria inmortal en que esperamos gozar con vosotros para siempre. »

Tales fueron las ideas expresadas por el dignísimo Rector del Santuario en un discurso conmovedor.

Los misioneros en saliendo de la iglesia tomaron una refección y visitaron el nuevo Santuario.

La asistencia de gran número de fieles y de Cooperadores, los acordes del órgano, las

sentidas palabras del Sr. Can. Pater, el recogimiento que inspira aquella iglesia y la bendición del Santísimo contribuyeron á que esta visita fuera gratísima é inolvidable.

Dicho Sr. Canónigo tuvo por fin la exquisita atención de escribir los nombres de nuestros Misioneros, y guardados en un corazón depositarlos en la basílica como un ex voto de los Salesianos.

Nuestros Misioneros tuvieron en seguida la suerte de ser recibidos con gran benevolencia por el Emmo. Sr. Cardenal y luego con no menor gentileza por el Sr. Presidente, secretario y otros miembros del Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe.

A las 3,25 de la tarde del día 5 tomaron el tren para Burdeos y á las 8,24 de la mañana siguiente llegaron en esta ciudad á alojarse los Religiosos en el gran Seminario y las Hermanas de María Auxiliadora en la Casa de la Santa Familia, quienes les prodigaron toda suerte de atenciones, y por fin partieron el 7 á las 2 posmeridiano en el vapor *Aconcagua*.

Los misioneros destinados á Colombia partieron á su vez con el Director de nuestra Casa de Bogotá en el vapor *Fernando Lesseps*.

PRACTICAS

en honor de la Sma. Virgen María

OPÚSCULO

del Pbro. Don Félix M. Martínez

I.

Rezar todos los días siquiera una parte del Santísimo Rosario. — El Sumo Pontífice León XIII, considera esta devoción como uno de los medios más eficaces para obtener la conversión del mundo. Así lo creyeron innumerables santos; entre otros, San Francisco de Asís, San Luis IX, rey de Francia, San Bernardino de Sena, San Ignacio de Loyola, San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka, San Juan Berkman, etc., etc.

La crónica de su Orden, refiere que « habiendo sorprendido á San Antonio de Padua un fuerte aguacero en despoblado, y no teniendo con qué abrigarse, colocó sobre la cabeza su rosario, rogando á la Virgen que le defendiese de la lluvia. ¡Cosa admirable! Apenas acabó su oración, hé aquí que el rosario, cual si se hubiese convertido en grande y solidísimo techo, le cubrió y protegió de tal manera, que llegó á la ciudad sin que le tocara una sola gota de agua. »

San Camilo de Lellis juzgaba esta devoción tan propia de cristianos y sobre todo de sacerdotes, que habiéndole dicho uno de éstos, que no tenía rosario, el Santo exclamó: *¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Hé aquí un sacerdote sin rosario, un sacerdote sin rosario!*

San Carlos Borromeo le llamaba *la más divina de las devociones*; San Francisco de Sales, *el mejor modo de orar, que ocupa el primer puesto entre las demás oraciones no prescritas ó mandadas*; y San Vicente de Paul aseguraba haber oído decir al mismo Santo, que *si no estuviese obligado á rezar el oficio divino, no rezaría otra cosa que el Rosario de la Santísima Virgen*.

La seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús, no sólo acostumbraba rezar diariamente los quince misterios, sino que compendió en breves, pero divinas frases, sus principales virtudes. *El Rosario*, escribe la Santa, *es un medio admirable para retraer á los fieles de las vanidades del mundo.* — *Del Rosario tomé yo aquellos dulcísimos y suaves afectos soberanamente eficaces para la unión del alma con Dios.*

El Santo Doctor de la Iglesia, autor de las *Glorias de María*, San Alfonso María de Ligorio, repite en muchas de sus piadosas obritas, que *entre todas las prácticas en honor de la Santísima Virgen, ninguna hay más agradable á la Madre de Dios que el Santísimo Rosario*. El mismo Santo en su *Teología moral*, recomienda de un modo apremiante á los párrocos que trabajen sin descanso porque todos sus feligreses recen todos los días en familia el santísimo Rosario. — Además, como San Francisco de Sales se obligó con voto á rezarlo diariamente, y en su venerable ancianidad, habiéndosele debilitado la memoria, quería que los que le rodeaban le recordasen esta obligación. Cierta día, dudando de haberla cumplido, preguntó á uno de sus familiares: y como este respondiese que sí, añadió el Santo estas palabras: *De esta devoción pende mi salud eterna; cuando dudo de haberla cumplido, dudo de mi predestinación.*

II.

Tener en casa una imagen de la Santísima Virgen y obsequiarla lo mejor que sea posible, á imitación de San Francisco de Paula. — Cuán agradable sea á esta soberana Señora el culto de sus imágenes, se demuestra por una serie de prodigios, entre otros, el haber restituido la Virgen Santísima á San Juan Damasceno la mano que los iconoclastas le habían cortado por odio á los escritos en que defendió las sagradas imágenes.

III.

Llevar constantemente consigo una imagen de la Madre Dios. — Así lo practicaba Luis XI, rey de Francia. San Carlos Borromeo decretó que á la entrada de todos los templos parro-

quiales hubiese una imagen de Nuestra Señora y exortaba á todos en sus visitas pastorales para que siempre llevasen consigo alguna de las imágenes de María, asegurando que de esta suerte serían vencidos los espíritus infernales. — ¡Amaremos menos á Nuestra Señora, dice un escritor piadoso, que los amadores del mundo á sus profanas criaturas, cuyos retratos quieren llevar siempre para contemplarlos á todas horas?

IV.

Andar siempre en presencia de María, á imitación de San Agustín. — ¿Podríamos hallar más grande consuelo en las penalidades y miserias de la vida? No sería este un poderoso estímulo para obrar el bien?

V.

Saludarla afectuosamente con el Ave María al pasar cerca de una iglesia ó imagen suyas. — Saludaba San Bernardo de esta manera la Imagen de la Virgen que está en el monasterio de Affleghem, en el Brabante, y un día esta tierna Madre le devolvió el saludo diciéndole: *Dios te salve, Bernardo.*

VI.

Pedirle su bendición al acostarse y levantarse. — San Estanislao de Kostka practicaba esta devoción y mereció comulgar dos veces por mano de los ángeles y que María Santísima le pusiese al Niño Jesús en los brazos.

VII.

Al salir de casa pedir á la Virgen Santísima que dirija nuestros pasos. — Por este medio consiguió Santo Domingo la conversión de muchos pecadores y que María le asistiese á la hora de la muerte.

VIII.

Rezar el Angelus aún en público, si es posible, al toque de las Ave Marías. — Antiguamente se arrodillaban todos al toque de las oraciones; hoy se avergüenzan muchos hasta de descubrirse la cabeza. San Carlos Borromeo no tenía empacho en bajar de la carroza ó del caballo, para rezar en la calle, arrodillándose muchas veces aún sobre el suelo fangoso.

IX.

Inspirar á todos, pero señaladamente á los hijos, súbditos y domésticos la devoción á María. — Predicando un día acerca de las glorias de esta divina Madre, San Alfonso M. de Liguorio, uno de sus más fervorosos hijos, quedó repentinamente arrobado en éxtasis, lleno de hermosura y resplandores el venerable rostro, con la luz celestial que una Imagen de la Virgen reflejaba sobre él. — Si propagásemos la devoción á Nuestra Santísima Madre, podríamos asegurar nuestra salvación, según aquellas palabras del Es-

píritu Santo: *Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt*, los que me glorifican tendrán la vida eterna. — *Eccles.* 24, 31.

EL ALTAR DE SAN JOSÉ

en la iglesia de María Auxiliadora.

Nos cabe la satisfacción de anunciar que pronto se comenzará el trabajo de la decoración de la capilla consagrada á San José en el templo de María Auxiliadora en Turín.

El cuadro del Santo, obra de Lorenzoni, es de reconocido mérito.

Reproducimos ahora la imagen de las vidrieras destinadas á la sobredicha capilla y que acreditan al distinguido artista el caballero Sereno.

NECROLOGIAS

EL PRIMADO DEL BRASIL.

La Iglesia perdía á fines de marzo á uno de sus más ilustres campeones, al Ilmo. Sr. Don Antonio de Macedo Costa Arzobispo de Bahía y primado del Brasil. Nacido el 5 de julio de 1830 recibió esmerada educación en su patria y en Francia. Dotado de gran ingenio resplandeció además por su virtud y ciencia. Como Obispo de Pará hubo de sostener una lucha tremenda, en la que mostró su valor y celo singulares. El 23 de junio del año pasado era llamado al Arzobispado de Bahía donde á poco le ha ocurrido la muerte. Promovió con gran empeño las misiones y durante su permanencia en Belén escribió repetidas veces á Don Bosco y por fin vino á hacerle visita al Oratorio de Turín con el objeto de conseguir la fundación de una casa salesiana en su diócesis. La escasez de personal no permitió satisfacer por entonces sus deseos. Deploramos muy de veras el fallecimiento de este Prelado eminente y grande amigo de nuestro venerado Fundador.

EL DOCTOR D. CARLOS D'ESPINEY.

Nuestro excelente bienhechor y amigo, el autor de la preciosa Biografía de Don Bosco, ha ido á recibir al cielo el premio de sus virtudes. Era persona de profunda fe y gran caridad, y por sus relevantes méritos fué nombrado por Su Santidad León XIII Caballero gran cruz de la orden pontificia de San Gregorio Magno.

Recomendamos su alma á las oraciones de nuestros Cooperadores y Cooperadoras.

Con aprobación de la Aut. Eclesiástica - Gerente JOSÉ GAMBINO
Turín, Tipografía Salesiana.